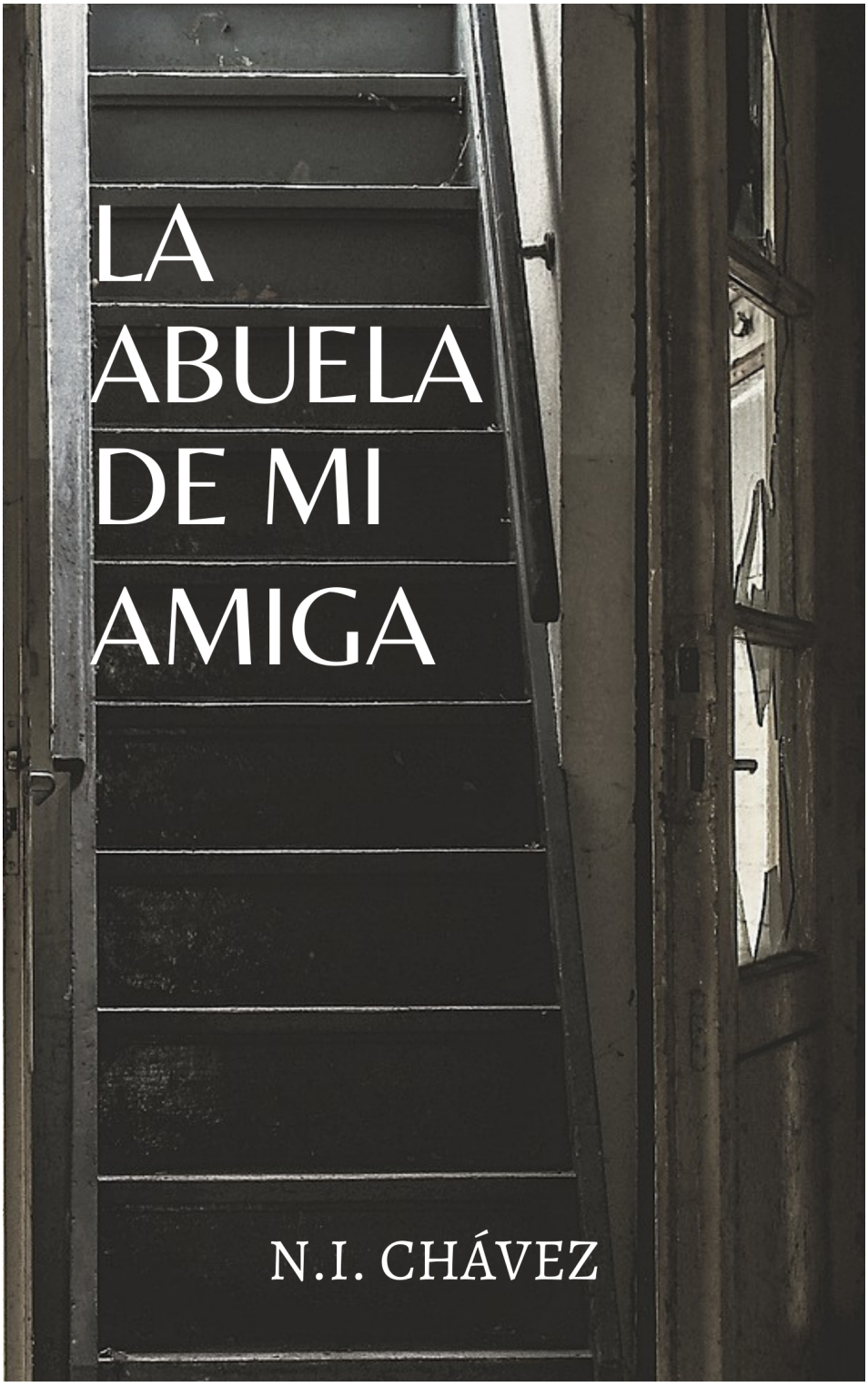
La abuela de mi amiga

Ignacio Chavez Berrios



Capítulo 1

Hoy es un día especial para mí. La última semana no he hecho otra cosa más que esperar con ansias e impaciencia a que llegase este día. Son las siete de la mañana, y no encuentro el modo de que el reloj avance más de prisa y den por fin las ocho y media; que es la hora en la que quedé de juntarme con mis tres mejores amigas del colegio, ya que hoy, es el día en que haremos la cimarra.

Para mí es algo nuevo, y los nervios apenas me dejan actuar con normalidad. No he dejado de pasearme de un lado a otro en mi habitación y demás estancias de mi hogar; con el celular en la mano, a la espera de algún mensaje de *WhatsApp* de mis amigas o de Sergio, o, viendo constantemente la hora. Me he parado frente al espejo mínimo unas diez veces para comprobar que me maquillé de forma correcta. Y como si eso fuese poco, hoy estuve lista antes de lo normal. Creo que mi madre algo comienza a sospechar, sin embargo, no me ha dicho nada.

Me he bebido la taza de té caliente que me ha preparado y dejado sobre la mesa del comedor, y con gran dificultad he ingerido el pan con queso que estaba a un lado del té. Supongo que los nervios me han cerrado el apetito, de igual manera, me como hasta el último trozo de pan.

El reloj marcó las ocho en punto, y no dudo en que ya es hora de salir de casa y recurrir al encuentro de mis amigas.

- ¡Hasta luego, mamá! – le gritó a mi madre lanzándole un beso – ¡Nos vemos en la tarde!

Sin perder ningún segundo más, me apresuro hacia la puerta y salgo mientras alcanzo a escuchar como mi madre me desea un buen día.

El día está realmente hermoso; luce un cielo despejado y los árboles muestran bellos brotes, pues estamos en plena primavera. Pero eso no es lo que mantiene ocupada mi mente mientras camino. En lo que de verdad voy pensando, es en este día; este tan anhelado día.

La idea de la cimarra ha sido de Carmen, una de mis amigas. Ha dicho que sus padres este día estarían bastante ocupados por temas de trabajo y que no se encontrarían en casa. María y Thiare – mis otras dos amigas – dijeron que sí de inmediato. Yo, en cambio, me mostré miedosa y no muy convencida de la idea, pero mis amigas, cuando se proponen convencerte de algo; lo hacen. Siempre han sido buenas en eso.

-Vamos, Cinthya – me dijo María con un falso tono de súplica – ¡Anímate!

-No lo sé – respondí –. Nunca he hecho algo así, me da un poco de nervios.

-Tú lo que tienes es miedo – me dijo Carmen mirándome burlona.

-Puede ser…

- ¡Vamos, Cinthya! – volvió a decir María – ven con nosotras. No te arrepentirás, te lo aseguro.

-Pero ¿Y si nos descubren? – pregunté.

-No tienes de qué temer – me dijo Thiare –, es solo una simple cimarra. Algo normal. De seguro tu mamá también la hizo en sus tiempos de colegio.

-No lo sé… – repetí yo – ¿Y si mi madre se entera? No sé qué le diría si me descubriera.

-No tienes de que temer – esta vez lo dijo Carmen –. Además, aún falta una semana para eso; tiempo suficiente para que te inventes una buena excusa.

- ¡Anda! – me dijo María dándome un golpe suave con el codo –. Además, tenemos una sorpresa para ti preparada para ese día. No te la querrás perder.

- ¿De qué estás hablando? – quise saber – ¿Qué sorpresa?

En ese momento, las tres se echaron a reír mientras se miraban unas a otras con complicidad. Yo traté de fingir una sonrisa como la de ellas, pero no me salió tan natural, ya que yo no sabía qué había sido lo gracioso. Cuando dejaron de reírse entre ellas, Carmen me miró con la misma complicidad con la que antes había mirado a Thiare y a María, y me dijo:

-Lo único que te puedo decir, es que empieza con SER, y termina con GIO.

Las tres volvieron a reír de forma escandalosa, y yo de inmediato sentí como la sangre se me iba a las mejillas y me ruborizaba.

Sergio es el chico que me gusta. Va en nuestro mismo grado, sin embargo, está en el otro curso, por lo que no somos compañeros de aula. Yo ya les había mencionado este detalle a mis amigas, y al parecer, ellas estaban tratando de hacer de “cupido” entre nosotros dos, ya que sabían

que yo era lo bastante tímida como para acercarme a hablarle a Sergio.

Finalmente, luego de pensarlo durante unos segundos, terminé por acceder a la propuesta que mis amigas me estaban haciendo.

Desde ese momento, no he hecho otra cosa más que esperar con ansias a que llegase este día; contando las horas y anhelando poder adelantar el tiempo, más aún, luego de que Sergio se me acercara al día siguiente de haber aceptado hacer la cimarra, y comenzáramos a hablar diariamente.

Sergio me gusta de verdad, y creo que yo también le gusto a él; al menos, eso me hace pensar por la manera en la que hemos estado hablando esta última semana. Ojalá sea así, y no sean solo royos míos. Ojalá él se sienta de esta misma manera.

Cuando llego a la plaza en la que quedamos en juntarnos, son las ocho con veinte minutos. He llegado diez minutos antes, aun así, me encuentro ahí con Sergio y tres amigos más. También, están ahí María y Thiare.

-Hola – digo a todos en cuanto llego, aunque al único que miro en realidad en ese momento es a Sergio – ¿Cómo están?

-Hola – me responden todos al mismo tiempo. Sergio se ha ruborizado en cuanto me vio.

-Pensábamos que ya no vendrías – me dice Thiare enarcando la cejas – Sergio ya se estaba poniendo triste.

-Cállate – le digo yo dándole un abrazo y un beso en la mejilla. Luego, saludo a María, a los amigos de Sergio, y finalmente, al mismo Sergio, que no ha dejado de mirarme.

-Es solo una broma – confiesa Thiare al ver que me sonrojé – sabíamos que vendrías.

- ¿Y Carmen? – pregunté.

-No lo sabemos – contestó María –, no ha contestado los mensajes que le hemos enviado y su teléfono aparece apagado cuando la hemos llamado.

- ¿Carmen es la chica qué pondrá la casa, cierto? – preguntó uno de los amigos de Sergio, que no ha dejado de mirarse con María.

-Ajá – le responde María sonriéndole.

-Entonces, no queda más que esperar a que llegue – dice el chico

guiñándole un ojo a María.

-De todos modos, todavía faltan cinco minutos para la hora acordada – me oigo decir –, además, Carmen siempre se hace esperar.

-Eso es cierto – me dice Thiare mientras se comienza a reír.

Los próximos cinco minutos, pasan extremadamente rápidos a comparación a como sentía que corría el tiempo antes de llegar aquí. María sigue coqueteando con el amigo de Sergio, que se ha presentado como Rubén. Mientras que Thiare hace lo propio con Nicolás, otro amigo de Sergio. Yo por mi parte, apenas me siento capaz de hablar con Sergio; los nervios me tienen como loca, y solo espero que Carmen llegue luego para que podamos irnos a su casa, y así, tener un poco de intimidad con Sergio. Además, el chico que al parecer sería la pareja de Carmen para este día – Gonzalo –, se le ve bastante incomodo al notar que es el único sin pareja.

Los cinco minutos se transformaron en quince, y luego en treinta. Carmen seguía sin aparecer; no había visto los mensajes que le enviábamos, y su celular seguía apagado. Los amigos de Sergio ya comenzaban a notarse ansiosos e impacientes. Lo mismo con Thiare y María, que llamaban y mensajeaban a Carmen a cada minuto.

Cuando el reloj marcó las nueve con quince Gonzalo dijo.

-Al parecer, Carmen no vendrá.

-No digas eso – le recrimina María –. Carmen no nos dejaría plantadas. Esto ha sido idea de ella, y estaba bastante entusiasmada. No creo que nos haya dicho que hiciéramos la cimarra para después no llegar. Yo creo que quizás le ha pasado algo. No sé.

- ¿Y qué haremos en caso de que no llegue? – preguntó Sergio desviando la mirada hacia mí – ¿nadie más tiene casa sola?

Tanto sus amigos como nosotras negamos con la cabeza.

-Mierda – le oí murmurar.

-Yo no sé ustedes – volvió a hablar Gonzalo – Pero si no iremos a ninguna parte, y si su amiga no llegará, yo me voy al colegio – dirigió la mirada hacia sus amigos –. Aún estamos a tiempo de llegar sin que nos reten demasiado.

Todos intercambiaron miradas mientras se encogían de hombros. Vi como Nicolás y Rubén asentían lentamente, y también vi a Sergio mirándome

con una expresión que quería decir “lo siento”.

Finalmente, luego de hablarlo y tras corroborar que Carmen no llegaría, decidimos que sería mejor asistir a clases. Ya se daría en el futuro otra oportunidad para hacer la cimarra junto a mis amigas y Sergio, pero por hoy, tocaba conformarme con verlo en los recreos. Al menos ahora hablábamos, y eso era un avance.

La jornada de estudios ha terminado, y junto a María y Thiare decidimos que iremos a ver a Carmen a su casa, para asegurarnos de que se encuentra bien, o para averiguar qué es lo que le pasó. Pensamos que ha enfermado o algo así. Sin embargo, no encontramos una explicación para el hecho de que no conteste las llamadas ni los cientos de mensajes que le hemos hecho a lo largo del día.

El cielo sigue despejado, el sol brillaba solitario, pero sin llegar a quemar, y un fuerte viento hace que los arboles se muevan con fuerza y que decenas de volantines se eleven altos y lejanos.

Para nuestra suerte, la casa de Carmen no queda tan alejada del colegio, así que solo nos toma quince minutos llegar caminando hasta su hogar; la casa número 206 de un condominio llamado Piedra Escarlata.

La casa se ve igual que siempre; con un jardín bien cuidado, la delantera de la casa siempre bien limpia, las ventanas cerradas, y se ve también a Cody, el cachorro de Carmen, que apenas nos vio comenzó a ladrar de felicidad y menear la cola. El vehículo de los papás de Carmen no se encuentra aquí, así que por unos instantes dudamos de si en verdad hay alguien en casa, pero Carmen había dicho que sus padres estarían ocupados por cosas de trabajo, así que, de igual manera tocamos el timbre.

Pasan alrededor de quince segundos sin que nadie salga ni asome por las ventanas. Entonces, María vuelve a tocar el timbre, y esta vez también gritó el nombre de Carmen.

En el segundo piso, se comenzaron a mover lentamente las cortinas tras la ventana. Al cabo de unos segundos, una anciana de cabello blanco, que tras un largo vistazo reconozco como la señora Dolores; la abuela de Carmen, asoma y desliza la ventana para poder hablarnos. Lleva puesto un camisón blanco de dormir, pese a ser las tres de la tarde, y su rostro arrugado se ve más pálido de lo normal, haciendo notar unas leves ojeras. Sobre el mentón y bajo su nariz, su rostro se nota un poco hundido. Levantó con gran esfuerzo una de sus manos y nos saluda con ella.

-Hola, señora Dolores – saluda Thiare - ¿Qué tal se encuentra?

La señora Dolores hace una mueca y nos dedica una sonrisa en la cual no diviso dientes, sino unas maltratadas encías. El estómago se me revuelve ante tal grotesca imagen; el miedo y el asco se apoderan de mí, y creo reconocer el mismo sentimiento en los rostros de mis amigas. En este momento, la señora Dolores levanta la otra mano, y nos enseña una prótesis dental, que con gran agilidad coloca dentro de su boca. Ahora tiene dientes, sin embargo, la sensación de terror no me abandona. Aquella sonrisa es extraña.

-Lo siento, pequeñas. Estaba durmiendo cuando llegaron, no me dio el tiempo de ponerme los trituradores – la señora Dolores soltó una risa que nunca le había oído. Me provocó escalofríos. Luego dijo –. Espero no haberlas asustado.

-Descuide – dijo María –, no tiene de que disculparse. Hemos sido nosotras las imprudentes que la hemos despertado.

La señora Dolores hace un gesto con la mano como restándole importancia. Su rostro pálido y sus ojeras siguen llamándome mucho la atención y provocándome una extraña sensación de miedo que no termino de comprender, ya que no es primera vez que la veo. Sin embargo, hay algo diferente.

-De casualidad ¿Se encontrara Carmen en casa, señora Dolores? – preguntó Thiare –. Hoy no ha ido al colegio y no contesta nuestros mensajes ni llamadas. Tememos que se encuentre enferma o le haya pasado algo.

La señora Dolores vuelve a dejar escapar una de esas risas que jamás le habíamos oído. Sus ojos desprenden un extraño brillo opaco y se le ven un tanto colorados, como si hubiera fumado, pero la señora Dolores no fuma. Quizás, solo se debe al hecho de que la hemos despertado. Sí, eso debe ser.

-Carmen está bien – nos dice cuando deja de reírse –, ha salido con su madre y sus hermanos a hacer unas diligencias. Supongo que llegaran dentro de una o dos horas.

Puedo oír como en este momento las tres suspiramos de alivio al saber que nuestra amiga Carmen se encuentra bien. A lo largo del día habíamos formulado mil suposiciones de lo que le podría haber pasado. Incluso pensamos en que la podían haber secuestrado mientras caminaba a juntarse con nosotras. Queríamos ir a notificar a alguna autoridad, pero nos dijimos a nosotras mismas que eso seria ir muy lejos, y que mejor era asegurarnos de que nuestra amiga estuviera bien. Fue por eso por lo que decidimos venir hasta acá. Y ahora, es un verdadero alivio comprobar que

Carmen está sana y salva, y más que eso, está con su madre.

-Si gustan, pueden pasar y esperarlas aquí hasta que regresen – nos invita la abuela de Carmen.

Las tres intercambiamos miradas en este momento, y siento un extraño presentimiento de que no debemos aceptar esa invitación. No se qué es lo que me provoca esta sensación, pero es bastante fuerte y desagradable. Por la cara que pusieron María y Thiare, creo que ellas sienten lo mismo. Así que al cabo de unos segundos negamos con la cabeza.

-Muchas gracias, señora Dolores – dice Thiare –. Pero tenemos que volver a nuestros hogares. Solo pasábamos a ver que todo estuviera bien con Carmen. Pero ahora que lo sabemos, ya podemos estar más tranquilas.

-Sí, señora Dolores – le digo yo con nerviosismo – muchas gracias por la invitación, pero mi madre ya debe estar preguntándose por qué no he llegado aún a la casa.

-Vaya, es una lástima. Les iba a preparar unos bocadillos deliciosos.

-Sera para otra ocasión, señora Dolores – le dice María agitando su mano en señal de despedida –. Por favor, dígale a Carmen que nos llame en cuanto llegue.

La señora Dolores levanta una mano y se despide de nosotras asintiendo con la cabeza, mientras que su otra mano va hacia su boca y se quita la prótesis dental. Antes de perderse de nuevo en el interior de la casa tras las cortinas, vuelve a sonreírnos dejando al descubierto unas encías que desde acá se ven negras. Un nuevo escalofrío me recorre desde la cadera hasta la nuca, y siento ganas de salir corriendo de ahí. María y Thiare deben estar sintiendo lo mismo, ya que las tres nos sorprendimos al darnos cuenta de lo rápido que vamos caminando.

Sin voltear para volver a ver a la señora Dolores, nos alejamos de prisa y nos despedimos para dirigirnos cada una a nuestro hogar. Esperando que mañana tengamos buenas noticias de Carmen.

Al llegar a casa, mi madre me pregunta qué tal mi día. Le he respondido lo de siempre; que ha estado normal. Luego subo hasta mi habitación y me he quedado largas horas hablando con Sergio. Le he comentado que fuimos a casa de Carmen y que nos ha atendido su abuela. También le comento el miedo que sentí en ese momento; Miedo que hasta ahora no me ha abandonado. María y Thiare me han dicho lo mismo; al parecer, a ellas también les generó un extraño miedo la pequeña conversación que tuvimos con la señora Dolores. Sin embargo, llegamos a la conclusión de

que no pasaba nada.

Mientras tanto, la noche ya cayó sobre la ciudad y las primeras estrellas comienzan a desfilar en el cielo, pero Carmen sigue sin responder los mensajes ni devolver las llamadas. Estamos un poco preocupadas, pero mi mente no deja de mostrarme una y otra vez a la señora Dolores asomada por la ventana, diciéndonos que Carmen salió con su madre y sus hermanos a hacer unas diligencias. Quizás ha perdido su celular y por eso no nos ha contestado. Es lo más lógico que puedo pensar, ya que, de otro modo, me volvería loca de solo imaginar que algo malo le ha sucedido a mi amiga. Corren tiempos peligrosos en este pueblito, y en los últimos meses ya han desaparecido más de diez niñas como Carmen, o como yo. Algunas han aparecido muertas y violadas, otras, sin embargo, no aparecen nunca, y eso es lo que más me aterra. Me da miedo pensar en que es lo que les pueden hacer a esas chicas, o que les siguen haciendo. Ojalá, mi amiga Carmen esté bien

Poco a poco, el sueño me va venciendo, y lo último que recuerdo antes de caer rendida en el sueño profundo, es a la señora Dolores despidiéndose de nosotras con una mano, mientras que en la otra sostiene su dentadura postiza. Nos sonríe, pero es una sonrisa fría, y sus encías están negras.

Ya ha llegado la mañana y lo primero que hago es revisar mi celular. Tengo un par de mensajes de Sergio deseándome los buenos días. Quizás esto debería alegrarme, pero lo que de verdad llama mi atención en este momento, es un mensaje que Carmen ha enviado al grupo de WhatsApp que compartimos junto con María y Thiare. Es corto, pero bastante intrigante.

Necesito hablar con ustedes. Dice el escueto mensaje de Carmen.

Lo leo mínimo unas tres veces antes de asimilar que algo extraño pasa, pero al menos, una parte de mi está mucho más tranquila al saber que mi amiga está bien.

Hemos quedado en reunirnos en la misma plaza del día anterior. Salvo que ahora no planeamos hacer la cimarra, sino que simplemente queremos saber qué es lo que Carmen nos tiene que decir. No nos ha dado muchos detalles, solo se le oía con pena en los audios que mandó.

Cuando el reloj da las siete y media, me despido de mi madre y le digo que hoy llegaré más temprano, ya que el día de ayer se preocupó de mi tardanza. Se despide de mí dándome un beso en la mejilla y salgo de casa.

Al llegar a la plaza, noto que Carmen y María ya están ahí. A Carmen se le ve apenada, pero por la expresión de María, me doy cuenta de que aún no sabe qué es lo que le ocurre a nuestra amiga. Me acerco a su lado y las

saludo con un beso en la mejilla y un abrazo.

- ¿Todo está bien? – le pregunto a Carmen.

-Esperemos a que llegue Thiare – me responde ensimismada –, ahí les contaré a las tres.

El tono de Carmen me preocupa. Creo que nunca la había visto ni oído tan triste. No sé qué es lo que le ha sucedido a mi amiga, pero sin dudas, no ha sido nada bueno. Siento pena por ella y me dan unas ganas enormes de abrazarla, pero me contengo.

El recuerdo de la señora Dolores en la ventana aún me perturba.

Finalmente, Thiare llega donde nosotras y nos saluda, dando a Carmen un abrazo más prolongado de lo normal. Mientras se abrazan, he visto una lágrima caer desde los ojos de Carmen.

-Nos tenías muy preocupadas ayer – le digo a Carmen tratando de no sonar tan grave y que mi tono no sea acusador –. Te estuvimos llamando y escribiendo. Creímos que te había ocurrido algo.

Veo que Carmen vuelve a soltar una lágrima que se limpia rápido con el dorso de la mano. Luego, nos mira a las tres y nos dice:

-Lo siento, chicas. El día de ayer no tomé el celular en ningún momento. Debí haberles dicho algo, pero no me sentía de ánimos. Estas últimas horas han sido terribles.

Esta vez las lágrimas salen sin control desde los ojos vidriosos de Carmen. Nunca me había dado cuenta de lo hermosos que son sus ojos. Sin embargo, ahora reflejan una tristeza enorme.

Junto a María y Thiare nos acercamos y la rodeamos con los brazos en señal de apoyo.

-Tranquila – le dice Thiare secando las mejillas de Carmen –, cuéntanos qué ha ocurrido.

Carmen se toma un momento para calmarse, pero hablar le parece costoso. El labio inferior le ha comenzado a tiritar a causa de sus sollozos.

-Se trata de mí abuela – dice cuando por fin se decide a hablar.

Cuando la oigo decir eso, una sensación extraña me recorre todo el cuerpo; es como si alguien me estuviera respirando en la nuca, una respiración tan fría como un cubo de hielo. Thiare y María también se han sorprendido de lo que ha dicho Carmen y palidecen un poco, pero no sé si

ellas estarán sintiendo lo mismo que yo en este momento.

- ¿Qué le ha pasado a la señora Dolores? – pregunta María – ¿está bien?

-Ella… ella… ha muerto – dice Carmen cubriéndose la cara y echándose a llorar de nuevo.

- ¿Qué? – creo que le oigo decir a Thiare. Pero no estoy segura si en verdad fue ella o fui yo.

En este mismo momento me encuentro muy confundida. No sé qué decir, o cómo reaccionar ante lo que nos acaba de decir Carmen. La imagen de la señora Dolores mostrando una sonrisa sin dientes es lo único que sigue cruzándose por mi mente.

- ¿Cómo ha ocurrido? – escuchó que preguntaba María.

Carmen toma aire, y noto que medita un momento en cómo hablar.

-Le ha dado un derrame cerebral mientras subía las escaleras hacia el baño – dijo –. Ha rodado por los escalones hacia abajo y se ha partido el cuello en el acto. Aún puedo escuchar los escalones crujiendo en mi cabeza.

Veo el miedo y la pena reflejados en los rostros de Thiare y María y supongo que mi expresión es muy similar. Entre las tres abrazamos a Carmen que se deshace en llanto en cuanto siente nuestro apoyo. Ahora las cuatro estamos llorando. El dolor de una amiga es algo que se puede sentir como si fuese uno propio. De igual manera, no puedo quitarme la extraña sensación de miedo de encima.

Carmen se separa de nosotras y da un paso atrás, limpiándose la cara y la nariz.

-Ha sido algo terrible – añade sin dejar de llorar –, mi pobre abuelita.

-Lo sentimos mucho, Carmen – le digo –. Es una noticia devastadora.

-Mi madre no hace más que llorar – dice Carmen como si no me hubiese oído –. Ayer, en la funeraria, la que tuvo que hablar fui yo. Ella no podía si quiera contar lo que había ocurrido.

-Es una pena, amiga – le dice María –, y tan bien que se veía ayer a la señora Dolores. Lo sentimos mucho.

Veo como el rostro de Carmen se transforma en una extraña mueca de terror y confusión, casi como si la hubiesen abofeteado por sorpresa. Soltó

unas lágrimas, y preguntó con extrema sorpresa.

- ¿Qué es lo que has dicho?

Sentí que le costaba pronunciar las palabras, y que estaba haciendo un esfuerzo enorme por mantenerse serena. Incluso, yo misma pude sentir su miedo y su sorpresa.

-Ayer fuimos a tu casa al salir del colegio – comenzó a decir María –. Nos preocupamos porque no respondiste ni viste los mensajes que te mandamos, y pensamos que te había pasado algo. Así que, al finalizar las clases fuimos a verte. Sin embargo, no estabas en casa, y al cabo de un rato se asomó tu abuela…

- ¡Cállate! - le gritó de pronto Carmen, llorando descontrolada – ¡Eso no es posible! ¡MIENTES!

- Carmen – le dijo Thiare –, María no te está mintiendo. Fue tu abuela quien se asomó y nos dijo que no estabas en casa; que habías salido con tus hermanos y tu madre a hacer unos trámites.

- ¡Eso es imposible! – volvió a gritar Carmen – ¡Claro que no estaba en mi casa! ¡estaba en la funeraria haciendo todos los preparativos para el velorio y funeral de mi abuela! Ya les dije ¡está muerta!

El miedo volvió a adueñarse de mi cuerpo en cuanto dejé de oír a Carmen. Mi amiga lloraba y se tapaba la cara con ambas manos. Nosotras la mirábamos sin saber qué decir o hacer.

-Quizás la vimos antes de que tuviera el accidente – dijo María – nosotras fuimos apenas terminaron las clases, es posible que entonces siguiera viva, Carmen...

- ¡Eso es imposible! María ¡imposible! ¡mi abuela lleva muerta dos días! – gritó Carmen horrorizada, casi histérica – ¿ves por qué no puedo creer lo que me dicen?

En ese momento, ninguna de las tres volvió a decir palabras. Carmen siguió llorando durante varios minutos y nosotras nos dedicamos solamente a consolarla. Ninguna de las tres volvió a mencionar el tema. Sin embargo, sé que Thiare y María piensan y sienten lo mismo que yo.

Si lo que dice Carmen es cierto, y obviamente lo es, entonces es imposible que hayamos visto a la señora Dolores, ya que, para ese entonces, ya llevaba varias horas muerta. Pero la vimos, y no solo eso; hablamos con ella, y ahora que lo recuerdo, incluso nos invitó a pasar. No sé qué nos hubiera ocurrido si hubiésemos entrado. Quizás nos hubiésemos encontrado con una casa vacía y en silencio, o quizás, el espíritu o lo que

sea que fuese aquello que vimos con la forma de la señora Dolores, nos hubiese recibido dentro. Con su rostro pálido, su mata de pelo igual de blanco que su camisón, y mostrando una sonrisa libre de dientes; con sus encías negras y el sonido de su horrible risa. De solo pensarlo me entra un miedo sin igual.

Agradezco que no hayamos entrado y que nos hubiésemos marchado rápido de ahí. Pero dudo que algún día pueda borrar de mi mente la imagen de la abuela de mi amiga; asomada en la ventana, con su cara arrugada y sin dientes, sonriendo y agitando su mano en señal de despedida.